

Sobre la disponibilidad y transmisión de las experiencias del pasado*

Rosa E. Belvedresi (IdIHCS UNLP/CONICET)

Abstract:

Si las experiencias del pasado se condensan y confluyen en lo que Koselleck ha llamado un “espacio”, surge la pregunta acerca de cómo ellas pueden transmitirse venciendo la distancia temporal y las diferencias entre las distintas generaciones históricas. Frente al futuro abierto en relación con el cual se orientan los agentes sociales a través de sus acciones (individuales y colectivas), nos interesa indagar sobre los usos de las experiencias históricas de quienes han vivido los sucesos del pasado y han buscado transmitir sus vivencias a otros.

Palabras clave: experiencia histórica – memoria – sentido histórico

En 2001, el director de orquesta D. Barenboim incluyó una obra de Wagner en el concierto que dio en Israel. Del programa original formaba parte el primer acto de *La Valquiria*, pero frente al pedido del presidente israelí, entre otros funcionarios, y de familiares de víctimas del Holocausto, Barenboim había decidido retirar esa obra del repertorio y en su lugar incluir otras de Schumann y Stravinsky.¹ Pero al terminar el concierto, cuando el director regresó por un segundo bis, le preguntó a la audiencia si quería escuchar Wagner. Se dio entonces un acalorado debate de 30 minutos, al cabo del cual algunas personas (unas 20 o 30, según el propio Barenboim) dejaron la sala. Barenboim tocó entonces una pieza de Tristán e Isolda, luego de la cual recibió una prolongada ovación.²

* Este texto recoge la versión leída en las *XI Jornadas de Investigación en Filosofía* (Depto. de Filosofía-FAHCE), forma parte de un texto más extenso, actualmente en elaboración, que se incluirá en un volumen colectivo, de próxima publicación.

¹ “Al final, Barenboim no dirigirá piezas de Wagner en Israel”, diario *Clarín* del 31 de mayo de 2001. https://www.clarin.com/sociedad/final-barenboim-dirigira-piezas-wagner-israel_0_rjzmslOIctI.html, fecha de consulta, 08/08/17

² El relato de lo sucedido lo tomo de la noticia publicada por *The Guardian*: “Barenboim stirs up Israeli storm by playing Wagner”, disponible en: <https://www.theguardian.com/world/2001/jul/09/ewenmacaskill>, fecha de consulta, 08/08/17. El suceso fue recogido de manera similar por distintos medios.

Según sigue diciendo la crónica periodística, tanto el primer ministro de Israel como el intendente de Jerusalén manifestaron su repudio al accionar del músico: “hay mucha gente en Israel para la cual esta cuestión es muy dura”, habría dicho Sharon, mientras que para Omert, el alcalde de Jerusalén, la decisión de Barenboim fue “arrogante, inculta e inaceptable... Como músico es un grande, pero como un ser humano podría decir de él algunas otras cosas”³.

En la página del artista puede leerse un largo texto titulado “Wagner, Israel and the Palestinians”, en el cual se da cuenta de la vigencia del antisemitismo en Europa, y en Alemania en particular, así como se detallan las declaraciones antisemitas de Wagner. Dice el texto: “[el] trasfondo histórico no cambia el hecho de que Richard Wagner fue un antisemita virulento de la peor clase cuyas declaraciones son imperdonables”. Cuando relata su experiencia al tocar Wagner en Israel, dice que la sensación que habría causado “mi ejecución con la *Staatskapelle Berlin* del Preludio y Muerte de Tristán e Isolda en 2001” es un “mito” que se sostiene todavía 20 años después. “La obra fue tocada como un bis luego de una discusión de 45 minutos con la audiencia. Yo sugerí que la gente que quería irse lo hiciera. Sólo unas 20 o 30 personas que no querían escuchar Wagner dejaron el salón. El resto aplaudió a la orquesta con tanto entusiasmo que tuve la sensación de que habíamos hecho algo positivo. Sólo al día siguiente irrumpió la disputa cuando los políticos llamaron a la actuación un escándalo, aunque ellos mismos no habían estado presentes” ... “por más repulsivo que pueda ser el antisemitismo de Wagner, difícilmente se lo pueda hacer a él responsable por el uso y abuso que de su música y de sus opiniones sobre el mundo hizo Hitler”. Al continuar con la prohibición de tocar Wagner en Israel, dice Barenboim, es como si le estuviésemos dando a Hitler la “última palabra”.⁴

En su sitio web, Barenboim presenta al que llama “tabú Wagner” junto a otro: “el hecho de que el estado de Israel se fundó a costa de otro pueblo es todavía un tabú en la sociedad israelí hasta hoy”. Todo el debate alrededor de Wagner en Israel, dice “está vinculado al hecho de que no se han dado los pasos hacia una identidad judía israelí”, la que continúa atada a asociaciones pasadas que fueron “absolutamente comprensibles y justificadas en ese momento”, pero que deben ser puestas en cuestión en la actualidad, como es el caso de

³ Según cita el artículo de *The Guardian*, mencionado en la nota anterior.

⁴ “Wagner, Israel and the Palestinians”, en: <http://danielbarenboim.com/wagner-israel-and-the-palestinians/>, fecha de consulta 08/08/17.

Wagner: “[p]oco después de la Segunda Guerra mundial, cuando se conoció que los judíos habían sido enviados a las cámaras de gas con el acompañamiento de ciertas obras wagnerianas, la ejecución de Wagner fue *correctamente* declarada como un tabú por respeto a los sobrevivientes y a los familiares de las víctimas” (cursivas mías). Agrega Barenboim “eso se hizo no a causa del antisemitismo de Wagner sino más bien a causa del abuso que los nazis hicieron de su música”. Casi seis décadas después, Barenboim parece considerar que esa prohibición puede revisarse, sobre todo cuando, como detalla la crónica periodística, la cabalgata de las Valquirias puede ser usada como un *ring-tone* en el propio Israel, ¿por qué entonces continuar con el tabú?⁵

El ejemplo me resulta útil para introducir la cuestión que quiero abordar aquí, referida a la disponibilidad y transmisión de las experiencias históricas.

El concepto de experiencia histórica está en centro de los debates contemporáneos tanto de la filosofía de la historia como de algunas ramas de la historiografía. La experiencia está siempre asociada al sujeto que la posee, a la situación que es experimentada por él y a las categorías interpretativas que se ponen en juego para identificarla como una experiencia de cierto tipo. Estas categorías corresponden, inicialmente, a los marcos interpretativos provistos por el mundo de la vida en el que el agente está inmerso, de tal modo que “tener una experiencia” está asociado generalmente a saber de qué tipo es la experiencia que se está teniendo. En esta aproximación inicial deben señalarse dos cosas: 1) los agentes sociales pueden enfrentarse a situaciones tan radicalmente novedosas para las que no dispongan de marcos interpretativos y, 2) las ciencias sociales pueden luego re-interpretar esas experiencias en función de categorías conceptuales no disponibles para los legos. Con esto quiero dejar en claro, entonces, cierta *opacidad* para los agentes que es intrínseca a la experiencia pero, también, rescatar la capacidad que ellos tienen de poder interpretarlas, incluso cuando requieran para eso de la generación de categorías no existentes hasta ahora. Esto ha sido muy desarrollado por la denominada historia conceptual, en la cual, para dar un

⁵ Las citas corresponden al sitio web de Barenboim referido en la nota anterior. En cuanto a la música de La Valquiria como ring-tone, véase la nota de *The Guardian* ya mencionada.

ejemplo, la obra de Koselleck ha mostrado cómo la aparición del término “*Geschichte*” estuvo vinculado a un cambio en la experiencia temporal.⁶

En la filosofía de la historia contemporánea, los avances del narrativismo histórico han confluído en el denominado “giro experiencial”, por las sospechas que ha generado acerca del lenguaje en cuanto marco de sentido para dar cuenta del pasado. Ello ha dejado lugar a aproximaciones al mismo que se pretenden no-lingüísticas, por ende, fundadas en irrupciones no categorizadas ni categorizables del pasado, tal como la *nostalgia* de la que habla Ankersmit. Finalmente, algunos teóricos han disputado la idea de que haya algo así como experiencias “históricas”, dada la dificultad para señalar sus notas características que la diferenciarían de otras formas de experiencias sociales o del mundo de la vida que la fenomenología ya habría identificado. Autores como LaCapra o Ankersmit han restringido el uso del término para referir exclusivamente a lo que le sucede al historiador en su “encuentro” con el pasado, sea en el archivo, sea por el contacto con los testigos, sea por las obras de arte que nos han sido legadas.

En mi caso, prefiero mantener el concepto de “experiencia histórica” para referir a la composición particular que realizan los agentes sociales de aquellas situaciones pasadas que los han afectado, sean provocadas o padecidas, y que no se reducen a su ámbito personal o biográfico sino que se entroncan con una situación social determinada, la que es luego recuperada por un colectivo o comunidad. De esta manera, para mí, tener una experiencia histórica refiere al haber vivido un determinado suceso del pasado por el que alguien se ha visto particularmente afectado (en el sentido general de aficción y no en referencia a un daño), para lo cual puede haber-se colocado en diversas posiciones de sujeto, que, además, ha procurado estructurar significativamente. Esa experiencia interpretada, junto a otras, podrá consolidarse en lo que Koselleck ha denominado “espacio” en cuanto se pone a disposición de quienes no las han tenido.⁷

⁶ El debate por la “experiencia” se ha desarrollado sobre todo a partir de las críticas de la historiadora J. Scott a J. E. Toews, retomado también por autores como D. LaCapra y J. Zammito. En lo que sigue me inspiro en “Reading ‘Experience’. The Debate in Intellectual History among Scott, Toews y LaCapra” de Zammito, que recoge bastante bien esa discusión. El texto está en: *Reclaiming identity. Realist Theory and the Predicament of Postmodernism*, Moya, P. y Hames-García, M. (eds.), Berkeley, University of California Press, 2000 (pp.279-311).

⁷ Me doy cuenta de las ambigüedades que presenta esta noción, y el difícil balance que debe mantenerse entre la caracterización de un sujeto capaz y a la vez la identificación de una realidad social que excede sus previsiones. Por otro lado, soy consciente de la dificultad que involucra dar cuenta de dimensiones colectivas

Vuelvo ahora al ejemplo con el que comencé esta presentación. Me parece que el caso muestra bien los avatares por los que atraviesan las experiencias históricas en los intentos que llevan adelante los sujetos para estructurarlas significativamente y ponerlas a disposición de otros.

La prohibición “no escrita” de tocar a Wagner en Israel funcionó como un condensador de sentido asociado a la experiencia de haber sido víctima de los nazis. Se aceptaba que la música de Wagner operaba como una re-efectuación de la humillación y dolor de esas víctimas. Como bien señala Barenboim, se prohibió a Wagner no tanto por su antisemitismo, del cual no hay dudas, sino por el uso que los nazis hicieron de él. Esta asociación Wagner-Holocausto es la que comienza a ser difícil de sostener ante nuevas generaciones que no han pasado de manera directa por la *Shoá* y que, en consecuencia, pueden aproximarse a Wagner *sólo* en términos de disfrutar de la calidad de su música.

El ejemplo tiene una dificultad adicional, dado que una obra artística puede, en principio, ser apreciada con independencia del contexto de su producción o apropiaciones posteriores y de la persona de su autor. Para el caso de Wagner mismo, hubo otras ejecuciones de su obra en Jerusalén, incluso antes de Barenboim, por lo cual la pretendida articulación de sentido que asociaba campos de exterminio con la música de Wagner ya era poco estable antes del año 2001.⁸ Sin embargo, también hay que reconocer que la distancia temporal constituyó un elemento que no puede considerarse con liviandad al momento de valorar la situación generada en el concierto en cuestión. Si, como parece ser el caso, se podía admitir la cabalgata de las Valquirias como *ring-tone* en Israel, es claro que la condensación Wagner-Holocausto ya no funcionaba.

La consecuencia que me interesa sacar es que si bien las experiencias históricas son “poseídas” (a falta de un mejor término) por un sujeto o sujetos determinados, por cuanto responden a situaciones que les han ocurrido a ellos (y no a otros) y que, en el transcurso de constituirlos como propias, esos sujetos han construido o adoptado significados que las estructuran como experiencias de cierto tipo y no de otro; en cuanto se cristalizan como

de la experiencia histórica cuando la experiencia es, por definición, *de alguien*. Véase la definición de Zammito, que es sólo una entre otras posibles: “la experiencia es una categoría humana, implica lo inevitablemente personal y de primera persona en las pretensiones de conocimiento... [y] la postura que [como la de Scott] no considera la experiencia es una ‘visión desde ningún lugar’”, Op.cit., p. 294.

⁸ *The Guardian*, artículo citado.

experiencias disponibles en un espacio abierto a quienes no las han tenido podrán ser re-significadas de modos no previsible, puesto que los significados históricos están siempre abiertos a nuevas reconfiguraciones.

El carácter lábil de esas experiencias, incluso de algunas que, como las de haber sobrevivido a un campo de concentración, se señalan como un núcleo duro que resiste toda re-interpretación, es el que obliga a las comunidades sociales a dos prácticas bastante extendidas con el fin de fijarlas de alguna manera. En primer lugar, a transformarlas en parte de un ritual social que siempre es re-actualizado, cuya reiteración cumple la función de reforzar el vínculo que conforma la comunidad, el cual no debe ser problematizado (tarea que cumplirían las conmemoraciones colectivas, por ej.). En segundo lugar, a atarlas a significaciones que se suponen originarias y cuya puesta en cuestión aparece casi como una traición al grupo al que se pertenece (el respecto a las víctimas se confunde con la imposibilidad de generar sentidos posteriores de las experiencias atesoradas).⁹

El ejemplo muestra bien el *dilema* de la experiencia histórica. Por un lado, constituye una forma de saber compartido, que provee de densidad temporal al mundo que reciben las nuevas generaciones. Pero, por otro lado, también recorta posibilidades de creación de parte de estas mismas nuevas generaciones. Esto puede ser positivamente considerado, porque provee un saber que ya está disponible y que no hay que crear de cero cada vez (en este sentido se dice que se puede “aprender del pasado”). También representa un riesgo, cuando cristaliza una concepción que obtura las re-lecturas que permitirían configurar significados que, aunque *anacrónicos*, faciliten la identificación de nuevos riesgos para la vida social que no pueden ser considerados, sin más, repeticiones de lo ya sucedido.

⁹ Una función central del “tabú Wagner” sería contribuir a la construcción de la identidad judía israelí, como lo reconoce el propio Barenboim, véase más arriba.